



09/06/1998

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, CON MOTIVO DE SU INVESTIDURA COMO DOCTOR HONORIS CAUSA EN DERECHO POR LA UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE LA FLORIDA

Miami, 09-06-98

Señor Rector de la Universidad Internacional de La Florida, señor Obispo auxiliar, señores miembros distinguidos de la Directiva de la Universidad Internacional de La Florida, señores vicerrectores y decanos, señores profesores y alumnos, señoras y señores.

Al responder a la "laudatio" que tan generosamente ha hecho el Rector Maidique, es vieja y buena tradición que el nuevo doctor explique una de sus mejores lecciones. Yo no soy un académico; soy sólo un político, pero un político que no querría desaprovechar esta ocasión tan solemne, que tanto agradezco, sin rendir un homenaje de admiración a la Universidad y sin realizar una declaración pública de compromiso con sus valores y con sus fines.

Por otra parte, quiero recordar ahora cómo mi formación universitaria se completó con unos años de experiencia al servicio de la Administración, ejerciendo uno de los menesteres que le son más esenciales: el Derecho financiero, la inspección fiscal. Por ello me honra especialmente recibir este Doctorado Honoris Causa en Derecho.

Un homenaje que alcanza a las viejas Universidades de Europa, a las pujantes Universidades de Norteamérica, a la Universidad Complutense --mi "alma mater", como ustedes dicen aquí-- con muchos siglos de historia, en la que tuve la oportunidad de estudiar Derecho, y a esta nueva y prometedora Universidad Internacional de La Florida, que ha tenido la amabilidad de distinguirme de modo tan generoso.

Para un europeo, la Universidad es una de las instituciones básicas de la sociedad; pero creo que se puede decir con justicia que la institución nacida en la Europa medieval y que arrastra siglos de tradición y de gloria ha sido reinventada de nuevo en los Estados Unidos.

A nadie se le escapa que esta gran nación es hoy, al terminar el siglo, avanzadilla de la investigación, de la tecnología y del conocimiento. Y todo eso habría sido rigurosamente imposible sin esa espléndida colección de Universidades que están en la mente de todos y entre las que se encuentra y quiere descollar esta Universidad Internacional de La Florida, que ha alcanzado en tan sólo veinticinco años --precisamente este año, como nos recordaba el Rector, se cumple su aniversario-- los niveles de excelencia y de prestigio que sólo logran usualmente el paso de muchos años y, en algunos casos, de algunos siglos..

Y digo que la Universidad ha sido reinventada en Estados Unidos porque ha sido aquí, precisamente, donde mejor se ha comprendido que una sociedad libre --y, por tanto, una sociedad llena de esperanza-- necesita que sus Universidades estén en perpetua vigilia,

adivinando el mañana para hacer que sea el mejor que podemos merecer y alcanzar, para que esté a la altura de nuestras posibilidades.

En una ocasión particularmente dramática de la historia española, uno de nuestros grandes rectores académicos, Miguel de Unamuno, se levantó para defender a su Universidad, la gloriosa y secular Universidad de Salamanca, de quienes la estaban atropellando y les recordó, con todo valor y con toda energía, que la Universidad es el "templo de la inteligencia". Pues bien, yo quisiera repasar ante todos ustedes cuáles han de ser, desde el punto de vista de un político, de un dirigente político, los servicios que la Universidad tiene que prestar a la sociedad.

Karl Popper, el gran humanista y científico fallecido en 1995, gustaba de repetir que el gran invento de los griegos consistió "en hacer una tradición de la discusión", en pasar de una tradición cerrada y temerosa de la difusión de saberes minoritarios a una tradición valiente y audaz de ampliación de los saberes mediante la discusión racional, es decir, a ensanchar los límites de la Ciencia.

Es, tal vez, en este aspecto en el que el modelo de las grandes Universidades norteamericanas ha llegado más lejos, porque la originalidad, la importancia y el vigor de la investigación es uno de los grandes motores del progreso contemporáneo. Una Universidad sin investigación es una universidad agotada o, mejor dicho, una Universidad que ya ha dejado de serlo.

De ese espíritu, del anhelo de saber, de ir más allá, se han nutrido siempre las Universidades, unas veces más atentas a conservar lo que se sabe; otras, más dispuestas a renovar el saber, a reducir los vastos contornos, los amplios contornos, de nuestra ignorancia. Creo que es en este punto en el que la mejor tradición occidental ha reverdecido de manera esplendorosa entre nosotros; creo que es la ambición de saber y, sobre todo, de saber cosas que son útiles para la sociedad lo que ha colmado a vuestros licenciados de oportunidades para incorporarse al mundo laboral y para mejor servir a su país.

No es de extrañar que todos estos elementos a los que acabo de hacer mención, como son la esperanza, la ciencia y las oportunidades que se les abren a vuestros alumnos, estén plasmados en la leyenda de esta Universidad, que hoy hago mía: "Spes Scientia Facultas".

La inteligencia --a la que había apelado don Miguel de Unamuno-- es una característica de la especie humana, pero no por ello es algo que se nos regala sin más; es siempre algo que hay que conquistar, algo que requiere y merece esfuerzos y sacrificios.

Cuando el individuo renuncia a guiarse por lo que le dicta su razón, se precipita hacia su destrucción, se convierte en una caricatura de sí mismo. Cuando son pueblos o naciones enteras los que abdican del respeto a la dignidad del hombre, entonces, precisamente, surge y acontece la barbarie. El siglo XX, desgraciadamente, ha pasado por tales épocas de oscuridad en muy distintas zonas de nuestro planeta.

Hay que cultivar la inteligencia, entre otras cosas, porque la necesitamos para aumentar las libertades personales, las libertades civiles, las libertades políticas; porque la necesitamos para avanzar en nuestras democracias y porque estamos seguros de que la libertad es, precisamente, la mejor manera de caminar hacia un mundo futuro que está aún por conquistar.

Por eso la educación democrática genuina es y tiene que ser requisito de la mejor democracia, porque el modelo democrático es, sobre todo, un ejercicio de la razón, una apuesta por la libertad de la argumentación, de información; que, sin la presencia de universitarios, tendería fatalmente al sofisma, a la manipulación y al despotismo más o menos popular como gustaba de aconsejarnos Allan Bloom. Para despejar el camino a la inteligencia democrática, la Universidad es su institución más necesaria.

Durante siglos de escasez de libros, es decir, antes del invento de Gutenberg, los monjes medievales se afanaban en copiar una y otra vez lo que sabían que eran tesoros a los que no se podía renunciar.

Hoy en día no tenemos precisamente ese problema; no hay escasez de información sino, más bien, todo lo contrario, hasta el punto de que podríamos decir lo que Octavio Paz: que "la mucha luz, como la mucha sombra, no dejan ver", que hace falta esforzarse para acertar a distinguir lo relevante de aquello que no lo es, porque lo que distingue a la información de su contrario, o sea, la desinformación, es la verdad, y la verdad no se nos entrega nunca de barato, no se nos entrega nunca gratuitamente.

El afán por descubrir la verdad es, para mí, indisociable del aprecio por la libertad personal, indisociable de la voluntad de permitir que cada cual cumpla a su manera con su destino. Por eso, la Universidad tiene que ser también escuela de tolerancia, de pluralismo y de convivencia. Por cierto, yo sé que de este último valor, el de la convivencia, la Universidad Internacional de La Florida nos ofrece un magnífico ejemplo. Me ha hablado de ello y me lo ha contrastado el Rector Maidique antes de entrar aquí, y me alegro mucho y profundamente de que aquí sea.

Como español, comprenderán que deba sentirme tranquilo de la fortuna histórica que acompaña a esta lengua romance, y yo también me alegro de que prácticamente no haya ninguna nación que hable español que deje de estar presente en la Universidad de La Florida. Nuestro idioma fue recreado en este vasto continente americano, lo que nos lleva, lógicamente, a estar atentos para que uno de sus más preciosos dones, que es su unidad, ni se pierda ni se debilite.

Educarse --al menos, así lo veo yo-- no consiste primariamente en aprender cosas, ni siquiera en atesorar información: eso no cabe duda de que hace falta y de que es necesario; pero es secundario. Educarse, sobre todo, es una exigencia permanente de superación personal, más el compromiso de rendir fruto de nuestras capacidades profesionales en el corazón de la sociedad civil o de la Administración Pública.

Epicteto decía que "sólo los educandos son libres", porque sólo sabiendo lo que debemos saber y dominando lo que debemos dominar estamos en condiciones de escoger con libertad. Lo contrario de la libertad es la esclavitud. Se puede ser esclavo de muchas maneras y se es esclavo mientras no se alcanza la plenitud moral y humana del ciudadano, mientras no se alcanza la plenitud moral y humana del hombre libre.

La Universidad es la que nos enseña a distinguir los valores de los caprichos; los argumentos, de los deseos, aunque muchos deseos puedan ser piadosos; las conclusiones bien fundadas, de los prejuicios sin fundamento; el valor de la tradición frente a la conveniencia de las modas; la importancia de respetar los compromisos y también nos enseña a no confundir las cosas que de verdad merecen la pena con lo que son simples imágenes.

La Universidad creo yo que tiene que estar siempre abierta al mundo en el que vive y debe de huir de una tentación y de la comodidad de encerrarse en sí misma, de vivir en su propia torre de marfil. Debe, por tanto, responder a las demandas profesionales, a la competencia económica, contribuir a la creación de riqueza material: "la verdadera independencia sólo la garantiza la prosperidad", como acostumbra a recordarnos mi amigo Mario Vargas Llosa.

Para mí, es imperdonable que quien tenga la oportunidad de estudiar la desaproveche, sencillamente, porque al hacerlo no solamente se causa un mal, sino que se nos priva de un derecho: del derecho a contar con lo que pudo y debió llegar a saber.

No hay que pensar, por lo tanto, en el estudio como una actividad egoísta, como algo que uno hace por uno mismo y para sí mismo, sino como una especie de misión, como una responsabilidad que la sociedad nos confiere a los universitarios al encargarnos de

ser los mejores en una sociedad de oportunidades, como les confiere a los militares la responsabilidad de la seguridad o de ser los más fuertes, o a los jueces la responsabilidad de sopesar nuestras conductas.

En la medida en que la Universidad cultiva la inteligencia, cultiva también la virtud cívica, la buena ciudadanía entre hombres que se respetan por ser iguales en dignidad, pero que compiten y se estimulan en su diversidad, en aquello que les hace ser ellos mismos, únicos e irremplazables.

El estudio, pues, es una forma de esfuerzo a la que se debe rendir tributo. Quiero decirles y trasladarles mi convicción de que es un error crear situaciones en las que se premia lo mismo al que ha hecho méritos como al que no ha querido aprovechar las oportunidades dadas. El igualitarismo de las recompensas va contra la razón. Hay que caminar siempre hacia sociedades en las que rija el principio del mérito, en las que los mejores puedan ser reconocidos públicamente como tales. El estudio es, por lo tanto, una forma individual de cultivar la inteligencia y afinar en la "virtud", que es el término que los griegos reservaban para lo que nosotros llamamos "excelencia".

El estudio está también, por último, unido a la esperanza, en cuanto que procura oportunidades para los más cualificados. La esperanza es una virtud, en cierto modo, juvenil porque requiere ilusión, porque requiere fuerza y pasión; algo que está a disposición de todos y que está también en la mano de los jóvenes. De ellos es el mañana y de ellos es también la esperanza y la Universidad.

También quiero decirles que la Universidad, en mi opinión, tiene, por último, muchas cosas que conservar. Es una institución que vive para el mañana, pero que debe vivir de lo mejor de hoy y de ayer. Como es lógico y ustedes comprenderán, yo no me cuento entre quienes creen que ser conservador sea malo, porque creo que conservar lo que merece la pena es una obligación primordial de la inteligencia.

En este equilibrio entre conservación y cambio, en el punto justo de ese trueque, está el secreto de muchas cosas y, entre otras, la fórmula apropiada para la vida intelectual: no anclarse en el pasado y no dejarse seducir por los cambios a los que no asista una sólida y poderosa razón.

El estudio del pasado, de lo que explica cómo hemos llegado a ser quienes somos, es lo que se llama entre nosotros "Humanidades". Pues bien, creo que hay un riesgo cierto de reducir su peso en el curriculum, empujados por el ritmo incesante y deslumbrador de la innovación técnica. Que no ocurra eso es lo que yo deseo. Es una tentación, en realidad, tan antigua como la creación de los primeros recintos universitarios, pero ante la cual cada generación universitaria debe optar y debe decidir.

La historia del Occidente corre en paralelo a la de sus campus universitarios y, cuanto más conscientes seamos de este capital de civilización clásica, estaremos en mejores condiciones de escoger el futuro con libertad y con buen tino. No hay civilización ni libertad verdadera sin raíces, sin el conocimiento de lo que uno es y, sobre todo, sin el conocimiento de dónde viene uno, sus razones, sus fundamentos, su historia y sus posibilidades.

Les comencé diciendo que soy un político, un dirigente político, y que no soy un académico. Tengo, por lo tanto, una doble obligación: la de comportarme como dirigente político y la de no cansarles más de lo debido. Por lo tanto, yo voy a terminar reiterando mi agradecimiento personal y mi esperanza en esta Universidad; si me permite el Presidente de la Junta y si me permite el señor Rector, mi esperanza en todos los retos y aspiraciones que la Universidad tenga; también en los que nuestra Presidenta Sofía ha manifestado en esta tribuna, especialmente.

Esta Universidad florece en tierras por las cuales anduvieron cientos de nombres españoles. Yo deseo que esta Universidad sepa seguir avanzando hacia un mañana en el

cual los españoles y los norteamericanos nos encontremos cada vez más próximos como herederos que somos de una tradición cultural de respeto, de audacia y, sobre todo, de esperanza.

Quiero, además, formular aquí un deseo: que la Universidad española, sin renunciar a la concepción humanista que siempre la ha caracterizado, sepa imbuirse de la ambición, de la exigencia y de la excelencia de las Universidades americanas, y que las Universidades americanas no olviden nunca de dónde vienen: de nuestras viejas y gloriosas Universidades, de esa Europa a la que deben mirar siempre como algo propio, nunca como algo ajeno.

"Spes Scientia Facultas"!

Muchas gracias